

**Las raíces granadinas
de *El jardín de las delicias*
de Ayala**

2. La cosecha

*[O]lvidados, paseábamos... bajo un cielo de
azul perfecto, sin otro ruido que el continuo
rumor del agua y algún gorjeo del pájaro
que tal vez ha saltado de una rama a otra.*

Francisco Ayala
«Lloraste en el Generalife» (1992)

Arrancado a los quince años de sus raíces granadinas, el escritor en ciernes Francisco Ayala almacenó para quién sabía por cuánto tiempo los recuerdos, y olvidos, de aquel período tan decisivo para retomar su joven vida en la villa de Madrid y, en su calidad de *escritor incipiente* (véase el así titulado apartado de sus *Recuerdos y olvidos*), ponerse al día con respecto a las tendencias literarias más recientes. En cuanto a las posibles huellas que sus propias vivencias juveniles en Granada pudieran haber dejado en su escritura anterior al año 1930 (fecha esta de su última obra de invención hasta finales de la guerra civil), el contenido de sus dos primeras novelas, *Tragicomedia de un hombre sin*

espíritu (1925) e *Historia de un amanecer* (1926), proporciona amplias pruebas «ficcionalizadas» de su propia vida de muchacho en Granada tal como la evocaría, décadas después, en sus memorias. También en los textos vanguardistas reunidos en *El boxeador y un ángel* (1929) y *Cazador en el alba* (1930) se pueden apreciar detalles vinculados con vivencias juveniles suyas en Granada.

Después..., y hasta comienzos del año 1939: silencio, un silencio creativo roto, por fin, en Francia, donde, a finales de enero, y de la guerra civil, redactó Francisco Ayala, de un tirón, su lírico, y sumamente conmovedor, *Diálogo de los muertos*, publicado ese mismo año en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires, donde acabaría pasando el autor la primera década de su exilio. Da comienzo a esta *Elegía española* con una evocación en que bien podría verse una arraigada alusión acuática que trae a la mente en seguida los arroyos subterráneos de su tierra natal. Está protagonizado el *diálogo* por las anónimas voces de unos también anónimos muertos esparcidos bajo la tierra en un «silencio húmedo que rezumaba, calaba hasta lo más hondo; un silencio que era ausencia y vacío de la atronadora refriega, ya pasada. No había nada —remata el narrador—, nada sobre la tierra...».

«Nada.» *En el principio era el Verbo* (Jn 1.1). Empiezan en el texto los esqueletos a hablar, dialogar. A ver si, fallecidos los *hermanos* ya, se rompe de una vez la maldición del cainismo que en el mundo, en España, en el microcosmos de Granada, tantas víctimas, anónimas o no, ha dejado enterradas por una animadversión que ¿cuándo?, preguntaría Ayala, ¿cuándo cesará? «En la oscurecida tierra

—concluye el narrador de su lírico *Diálogo*— solo se oía un rumor de oculta acequia»... Más *granadino* no podría ser, sugiero yo, el sonido de este apagado, y melancólico, arroyo subterráneo.

Al motivo *fluvial* de esta pieza, inspirado sin duda alguna por el runrún de las acequias subterráneas de la Granada de su juventud, habría que agregar otros, de carácter personal, que influyeron de algún modo en la literatura de Francisco Ayala tras retomar, en el exilio, su vocación poética: me refiero a las pérdidas familiares que en aquella época sufriera, entre ellas la de su madre, fallecida en Burgos en octubre de 1935; y las de su padre y su hermano menor Rafael, fusilados por los franquistas al año siguiente en la misma ciudad (la cual, junto con Granada, desempeñaría un cierto protagonismo en las historias reunidas, en 1949, en su libro *Los usurpadores*).

Esta última compilación, que lleva como epílogo —dicho sea de paso— el conmovedor *Diálogo de los muertos*, y como introducción, un *pseudo*-erudito *Prólogo* que refleja el estado de ánimo del escritor Ayala una década después de su salida al exilio, recoge dos textos para nuestros efectos importantísimos: *La campana de Huesca*, cuyas metafóricas alusiones subterráneas del comienzo traen a la mente al ambiente del referido *Diálogo*; y la «granadina» historia de *San Juan de Dios*, cuya caritativa reconciliación entre «hermanos» enfrentados puede interpretarse como una invitación, auténtica, a una reconciliación entre nosotros, los simbólicos herederos de Caín y Abel.

Otra prueba —una curiosidad literaria, por cierto— de que Granada, y sus pasadas luchas fraticidas, estuvie-

ran muy presentes en la mente de nuestro autor en sus primeros años del exilio es una edición bonaerense, abreviada y adaptada en 1942 por Francisco Ayala, de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita.

Aunque no se olvidaría Ayala a lo largo de la década de los cincuenta —que pasaría, primero en Puerto Rico, luego en Nueva York— de sus raíces natales, se sintió —como es natural— viviendo en el momento *presente*, reflejado en el contenido de su obra narrativa de aquel entonces: una *cosecha* narrativa ubicada en una realidad geográfica internacional que reflejaría, como es natural, sus propias vivencias: Puerto Rico, el Caribe, Estados Unidos...

El cambio ocurrió en el año 1960, cuando la situación le permitió volver, por fin, a la *ingrata patria*. Aquel verano viajó Francisco Ayala en avión a París, alquiló un coche, se dirigió a la frontera española, pasó por Burgos, arribó a Madrid... y enseguida emprendió el camino hacia Andalucía: Córdoba, Sevilla y, por último, su ciudad natal: Granada... cuyo aspecto físico, según en el apartado «Regreso a la tierra natal» de sus memorias cuenta, en «casi medio siglo» no había cambiado nada: «Todo respondía —escribe— y se ajustaba en seguida a la imagen de mi recuerdo»...

Fue, para él, este primer retorno tanto un principio como un final: un definitivo cierre a la vez que un comienzo nuevo. El resto —en lo que a esta, su ciudad natal concierne— ya es «historia». Disfrutaría mi esposo, a lo largo de casi medio siglo, de la admiración, la generosidad y, sobre todo, el cariño de sus conciudadanos. Los cuales quizá ignoran que durante las últimas décadas de su vida

se inspiró el Ayala narrador para obras suyas de invención —especialmente, para quizá la más conocida de ellas, *El jardín de las delicias* [1971-2006]— en la Granada, bien sea la de los «santos lugares» de su remotísima juventud, bien sea la de sus bellezas naturales: entre ellas, los jardines del Generalife, donde, en un casi solitario paseo el «18 de noviembre de 1992», me sorprendió llorando... momento este que luego, en las palabras que arriba figuran, capturó.